

China-España-Filipinas: percepciones españolas de China –y de los chinos– en el siglo XIX

María Dolores Elizalde Pérez-Grueso*

Un triángulo determinante: China-España-Filipinas

En el siglo XIX, la percepción española sobre China estuvo muy influida por el triángulo China-España-Filipinas, y por los contactos directos e intensos que siempre existieron entre China y Filipinas, los cuales condicionaron en grado sumo las relaciones entre la España peninsular y el Imperio chino, y originaron una mirada singular sobre China y sobre los chinos: aquella que se producía desde Filipinas. Es precisamente desde esa perspectiva desde la que voy a enfocar este trabajo.

En primer lugar, quisiera subrayar que la percepción de China desde Filipinas estuvo determinada por diferentes lecturas de la realidad china, y por una dicotomía muy clara, que bien podrían representar las dos imágenes siguientes: existía una mirada hacia China como nación, que se centraba en la grandeza del Imperio y de la cultura china, y otra muy diferente hacia la población china en Filipinas, que relacionaba a este sector con el trabajo que realizaba en la colonia. Veamos cada una de esas lecturas por separado.

* Instituto de Historia, Centro de Ciencias Humanas y Sociales, CSIC.



Percepciones de China desde Filipinas

La primera de las lecturas que desde Filipinas se hacía sobre China estaba relacionada con la grandiosidad del Imperio chino y la importancia de su cultura. Si la admiración hacia China ya existía en la Península, donde la sociedad ilustrada evidenciaba su atracción a través del coleccionismo de láminas, libros, porcelanas, lacas, tejidos, muebles y ornamentos, –no olvidemos que conocía de antiguo esos objetos a través del Galeón de Manila, y también a través de los misioneros y de los viajeros que habían escrito relatos sobre China–, el reconocimiento hacia la cultura china era aún mayor en Filipinas. Era una realidad que conocían de primera mano, como archipiélago fronterizo del Imperio del Centro. Filipinas no había llegado a ser un país tributario, pero conocía bien el influjo que el Imperio y la cultura china ejercían sobre todos los países asiáticos de su alrededor. Hubo, pues, una mirada sobre China centrada en la grandeza del imperio, la magnificencia de la corte y el esplendor de su cultura.

En segundo lugar, la percepción de China desde Filipinas nunca estuvo exenta de un cierto temor hacia un mundo extraño y poderoso, con potencial suficiente para poner en peligro la presencia española en Filipinas. Era un temor difuso, no concretizado, –porque tampoco existían motivos para ello–, alentado quizás por las amenazas de los piratas chinos de antaño, y por los repetidos y cruentos enfrentamientos con los chinos residentes en Filipinas, en los siglos XVI y XVII. Ello hizo que no se dejara de mirar a China, en ningún momento, cuando menos, con el respeto temeroso que merece un vecino poderoso.

Hubo una tercera lectura de China que fue la que hicieron los misioneros, que lo que veían, fundamentalmente, era un inmenso país de infieles sobre los que desearían extender sus enseñanzas religiosas. Sólo les frenaba conocer el verdadero potencial chino, los limitados recursos españoles, y la experiencia derivada de los desastrosos intentos de expandirse sobre China en los siglos anteriores. Conocían, además, la experiencia vivida en este país por dominicos, jesuitas, franciscanos y demás órdenes que se habían introducido en territorio chino, y los muchos problemas que habían tenido que afrontar. A pesar de ello, y en cualquier caso, los misioneros de Filipinas eran

conscientes de que allí había un inmenso y apetecible potencial, nunca se olvidaron de ello, y mostraron interés ante todas aquellas empresas de religiosos que consiguieron penetrar en China.

Existió, además, una cuarta lectura de China determinada por el mundo de los negocios, que pasó por diferentes momentos. En una primera etapa, esa lectura económica de China estuvo influida por el tráfico del Galeón, y el papel que los chinos desempeñaron en el intercambio de productos asiáticos por plata americana. Luego, cuando eclosionó una nueva economía filipina orientada hacia la producción y exportación de productos tropicales filipinos, esa lectura de China la condicionó la ratio de exportaciones e importaciones entre los dos países.

A lo largo del siglo XIX, China se mantuvo entre los cinco principales países importadores y exportadores de Filipinas, ocupando frecuentemente la segunda, o tercera plaza en los intercambios, e incluso, en bastantes años, la primera posición, sobre todo en las importaciones a las islas. En términos generales, a lo largo del siglo XIX, al observar los intercambios entre China y Filipinas, se advierte que las importaciones de China a Filipinas se mantuvieron estables, aunque a partir de 1870, y en especial de 1880, se observó un cierto retraimiento en las exportaciones filipinas a China. Esas exportaciones decayeron, primero, porque disminuyó la exportación de arroz filipino, que había sido básico en esos intercambios, y segundo porque China no era uno de los destinos preferentes para los productos tropicales tales como el azúcar abacá, tabaco o café que, a partir de los años 1820 y 1830, y aún más desde mediados de siglo, ocuparon un lugar preferente en las exportaciones filipinas; esos productos solían exportarse en grandes barcos de carga occidentales, que hacían la ruta Manila-Hong Kong, o Manila-Macao, rumbo luego a los grandes mercados occidentales.

Además de los productos destinados al Galeón de Manila, que eran fundamentalmente los productos más destacados de los países asiáticos –especies, sedas y algodón, lacas y porcelanas, drogas medicinales y perfumes–, en los intercambios directos entre China y Filipinas, realizados por los tradicionales juncos chinos, destacaron los siguientes productos: en primer lugar, de China se exportaban a Filipinas tejidos de seda, algodón y lino, papel, sombrillas, loza y porcelana, cristalería, joyería, ferretería –productos de hierro–, muebles, té, carne, frutas frescas, aves vivas y alimentos varios; en segundo lugar, de Filipinas se enviaba a China arroz, un producto de exportación que de 1830 a 1850 adquirió tal importancia que, por primera vez en la historia de los intercambios chino-filipinos, consiguió aportar una balanza de pagos favorable a Filipinas. Sin embargo, a partir de una fecha, y por diversas causas este tráfico decayó. Junto al arroz, se exportaba algodón en rama, nidos de golondrinas, holoturias (sea cucumber), azúcar de sibucáo o sapanwood –usado para secar textiles–, tabaco, maderas, abacá, tejido de piña, índigo líquido, polvo de oro, especias, salazones de pescado, cuernos de carabao y conchas de tortuga.

Finalmente, hubo una quinta mirada hacia China, de carácter político. Desde mediados de los años 1840, las percepciones del Imperio se vieron afectadas por la penetración occidental en China, su obligada apertura al exterior, y los tratados firmados con las principales potencias europeas. Desde entonces, las autoridades españolas se interesaron por la ratificación de un acuerdo con China, por el que lucharon durante

casi veinte años, y que finalmente consiguieron firmar en 1864. En él España y China se concedían, mutuamente, el trato de nación más favorecida en el otro territorio, se establecían las bases de la representación diplomática española en China, se regulaba el comercio entre ambos países y se fijaban las condiciones de residencia para los súbditos del otro país.

En los últimos años del siglo XIX, esa mirada política sobre China se tiñó de preocupación por lo que desde Filipinas se consideraba una excesiva penetración occidental, que se temía que pudiera derivar en un reparto de zonas de influencia que pudiera acabar afectando al archipiélago filipino. Recordemos que alemanes, rusos, franceses y británicos ocuparon diferentes puertos del Imperio, en distintas zonas de China, desde los que comenzaron a extenderse hacia el interior. Se intensificaron, además, las concesiones para la construcción de vías ferroviarias. Rusia y Alemania monopolizaron los ferrocarriles de Manchuria y Shantung. Gran Bretaña negoció para construir uno en el valle del Yangtze. En septiembre de 1898 se firmó un acuerdo chino-alemán para nuevas construcciones ferroviarias.

Ese proceso de penetración occidental en China fue contemplado con enorme preocupación desde Filipinas. Se temió que, para apoyar la penetración en el mercado chino, cualquiera de las potencias imperialistas quisiera reforzar su posición en el área adquiriendo una base en Filipinas que le facilitara sus operaciones frente a China. Recordemos que eso fue lo que ocurrió en 1898, con la anexión de Filipinas por parte de Estados Unidos, durante la guerra hispano-norteamericana, una operación que a menudo se ha justificado como la adquisición de “stepping stones” hacia China, esto es la creación de un rosario de bases estratégicamente enlazadas que unían San Francisco, Hawai, Samoa, Guam y Filipinas, hasta llegar, siempre a través de enclaves americanos, a las costas frente a China.

Relevancia de la población china en Filipinas

Junto a esas diferentes percepciones del Imperio chino, desde Filipinas, hubo, además, una lectura singular de China, condicionada por los muchos chinos que vivían en el archipiélago, y por el importante papel que desempeñaban dentro de la sociedad y de la economía filipina. Para entender esa dimensión de la población china en Filipinas, veamos porqué desempeñaron un papel tan relevante en la sociedad de las islas.

Desde tiempos remotos existió un tráfico comercial continuado entre las provincias del sur de China y Filipinas. De hecho, los españoles que, en el siglo XVI, habían llegado a Filipinas a través de las islas del sur del archipiélago, tras sufrir hambrunas y penalidades por falta de recursos, acudieron a Luzón al saber que en las cercanías de la primitiva Maynila se encontraban asentados comerciantes chinos y de otras nacionalidades, a los que era posible comprar alimentos.

La función que los chinos desempeñaban en el comercio de las islas adquirió nueva relevancia gracias al Galeón de Manila, ya que los mercaderes chinos eran los encargados de llevar a Manila los productos del Asia continental, con la cual no estaba permitido comerciar directamente. A través de sus manos llegaban sedas, terciopelos y otros

tejidos; porcelanas, lacas, y objetos suntuarios de China y Japón; pimienta, clavo, nuez moscada y otras especias de Sumatra y el Maluco; aljófár y tapetes de Ormuz y Malabar; trigo, harina, perlas, jade y piedras preciosas de India y Ceilán; algodones y textiles de Bengala; perfumes –almizcle, benjuí– y marfiles de Camboya; alfombras de Persia... En Manila esos productos, que luego se exportaban al resto del mundo a través del Galeón, se intercambiaban por plata americana, esencial para la economía del Imperio chino, basada en ese metal.

De tal forma, los chinos se convirtieron en un sector fundamental, tanto para el abastecimiento de productos básicos, como para el tráfico comercial que se efectuaba a través del Galeón que unía Filipinas con Asia y con América, que fue el que durante muchos años se convirtió en pieza angular del modelo colonial establecido en las islas. Sin embargo, a pesar del relevante papel que desempeñaban en el sistema, las relaciones entre los residentes chinos y las autoridades coloniales del archipiélago nunca fueron fáciles, y toda la política española se orientó a controlar y a limitar al máximo sus actividades. Pronto la población china –cinco mil personas en 1586– fue superior a la elite gobernante española. Por ello, en esas fechas, el gobernador Gonzalo Ronquillo considero más prudente confinarles en un barrio perfectamente limitado, situado ya en las afueras de la ciudad, delante del río Pasig, y donde podían vigilar estrechamente y gravar sus actividades comerciales. A pesar de ello, o quizás precisamente por ello, en los siglos XVI y XVII, las relaciones entre chinos, españoles y filipinos estuvieron teñidas de violencia, enfrentamientos y verdaderas masacres.

Tras los conflictos de 1593, 1596, 1603y 1639, y después de estudiar la expulsión de aquellos chinos que no se hubieran cristianizado, a fin de evitar la repercusión de nuevas revueltas sobre la ciudad de Intramuros, se decidió alejar a estos comerciantes del núcleo colonial, y trasladarlos a la orilla norte del río Pasig, donde debían realizar sus actividades en la Alcaicería de San Fernando construida en 1756, y a partir de 1783 en la Alcaicería de San José. Quizás eso mejoró sus condiciones de vida y trabajo, porque al menos, desde entonces, no volvieron a producirse hechos tan violentos.

En el siglo XIX, la posición de los chinos en Filipinas experimentó un proceso de profunda transformación y de vertiginosa reafirmación, y, según fue cambiando su situación, varió también la percepción que de ellos se tenía. Podríamos distinguir varios momentos y diferentes actitudes al respecto. Una primera etapa, que se extendería entre 1766, fecha de la última expulsión de chinos de Filipinas, o mejor aún, entre las primeras décadas y mediados del siglo XIX, que podríamos calificar como una época de estímulo a la presencia china, y de estabilidad en las relaciones con los demás grupos de población. Una segunda etapa, que comenzaría a partir de 1850 y se extendería durante unos veinte años, de crecimiento de la población china y de expansión de sus actividades; circunstancias que los demás sectores comenzaron a contemplar con preocupación creciente. Una tercera etapa, que transcurriría en los años 1880 y 1890, de esplendor de los chinos en Filipinas, que ofrecieron una fuerte competencia a otros sectores pujantes de la sociedad filipina; esa competencia disparó las críticas al papel que estaban ocupando, provocó la emergencia de una campaña anti-china, y explicó la recomendación de introducir severas restricciones a sus límites y capacidades para evitar que se adueñaran de un terreno excesivo. Finalmente, en una cuarta etapa, signficada por

los últimos años del siglo XIX, el vertiginoso proceso de crecimiento y transformación vivido por los chinos en Filipinas provocó el planteamiento de nuevas e interesantes cuestiones en torno a esta población. Cuestiones que giraban en torno al concepto de ciudadanía y de extranjería; en torno a las posibilidades de convivencia, integración o diferenciación; o en torno a la reafirmación del sentimiento de comunidad entre los chinos y de recuperación de sus relaciones con China.

Los cambios experimentados por la población china estuvieron directamente relacionados con las transformaciones en el modelo colonial y con los sucesivos sistemas económicos adoptados. En el siglo XIX, se produjo una transformación fundamental en la economía filipina. Pasó de ser una economía de intermediación orientada hacia el tráfico del Galeón de Manila, en torno al cual se producía un intercambio de productos asiáticos por plata americana, a convertirse en una economía agroexportadora volcada en la producción de azúcar, abacá, café, tabaco, y otros productos tropicales que Filipinas podía ofrecer, y de los cuales entonces existía una gran demanda mundial. Ello implicó la apertura de las islas al comercio internacional, la liberalización de los intercambios, y la adopción de una legislación muy diferente de la que había primado en los siglos anteriores, caracterizados por los monopolios comerciales y por la restricción a la participación extranjera en la economía de las islas.

Esas transformaciones económicas tuvieron un claro reflejo en los chinos de Filipinas y en el papel que desempeñaban en las islas. De acuerdo con las nuevas orientaciones económicas, y con el reconocimiento de que en el proceso de potenciación de una agricultura de exportación sería muy conveniente contar con la colaboración de trabajadores chinos, a partir de finales de los años 1820, la política relativa a la inmigración, asentamiento y actividades de los chinos en Filipinas, sufrió una profunda revisión. Básicamente, de una normativa restrictiva hacia la presencia y las ocupaciones de los chinos, que estaban muy limitadas, se pasó a una nueva regulación que favorecía la llegada de mano de obra china, les ofrecía atractivas posibilidades para el desarrollo de nuevas ocupaciones, y facilitaba su residencia y movilidad por el archipiélago.

Además, se redujeron las tasas que debían pagar los juncos chinos que llegaban a comerciar a Manila, según sucesivos decretos de 1832, 1837 y 1843. Con ello no sólo se quería favorecer la entrada de productos chinos en Filipinas, sino que también se deseaba conseguir un tratamiento recíproco para que los barcos españoles pudieran operar con mayores facilidades en los puertos chinos. Recordemos que en esos años el gobierno español trataba de conseguir la firma de un acuerdo comercial que garantizara mayores privilegios a sus comerciantes en China y concediera a España los mismos privilegios que a las demás naciones. En ese contexto, las autoridades españolas fueron conscientes de que podrían conseguir más fácilmente sus objetivos en China si revisaban su política hacia los juncos que llegaban a Filipinas y hacia los residentes chinos que vivían en el archipiélago. Por tanto, la mejora de las condiciones de los chinos en Filipinas se debió tanto al interés en poder contar con su contribución al desarrollo de la economía filipina, como al convencimiento de que otorgándoles mayores facilidades en el archipiélago, se podrían obtener a cambio mayores ventajas en China, en un contexto de reciprocidad.

En ese marco, a partir de finales de los años veinte –en 1828, 1830 y 1834–, se aprobaron sucesivas medidas cada vez más liberalizadoras. En 1839, un decreto otorgó a los chinos completa libertad de ocupación y de elección de residencia. Con ello se les abrían las puertas de las provincias –a pesar de que los viajes entre Manila y las provincias para recoger mercancías continuaban sometidos a algunas restricciones–. Esa ley de 1839 pretendía estimular también el asentamiento de los chinos en áreas poco colonizadas y que interesaba ocupar, tales como Calamianes, Davao, Zamboanga o Mindanao.

Además, la prohibición de que los gobernadores provinciales participaran en el comercio interior, que hasta entonces había estado monopolizado por ellos, estimuló la participación de los chinos en el comercio entre las islas. También se trató de potenciar la participación de los chinos en la agricultura de las islas, reduciendo las tasas de aquellos que se dedicaran a labores agrícolas –decreto de 1850–. Sin embargo, la dedicación de los chinos a labores agrícolas en Filipinas no acabó de cuajar. En el momento álgido de la ocupación china a la agricultura, que debió de ser en torno a 1870, de los 40.000 chinos que había por entonces en el archipiélago, sólo unos 5.000 se dedicaban a la agricultura. Estaba claro que los chinos se encontraban más cómodos en el sector comercial.

En ese proceso de liberalización y de afirmación de nuevas funciones, los chinos nunca dejaron de desempeñar los roles que tradicionalmente habían realizado dentro de la economía filipina, como importadores, vendedores y distribuidores de productos chinos por el archipiélago filipino, como artesanos de determinadas industrias, y como trabajadores urbanos en oficios tales como zapateros, carpinteros, ebanistas, herreros y fundidores, artesanos del estaño, curtidores, tintoreros, aguadores y cocineros, que eran las profesiones asociadas a los chinos de las ciudades. Los trabajadores urbanos chinos, en 1903, representaban un 11.6 % del total.

Pero junto a ello, progresivamente, empezaron a desarrollar nuevas tareas. Primero extendieron a las provincias sus actividades comerciales de venta y distribución de productos. Luego se convirtieron en agentes comerciales de empresas extranjeras establecidas en Manila, ejerciendo como representantes de esas compañías en el resto de las islas, y como intermediarios entre los productores isleños y los exportadores extranjeros. A este respecto, el agente de una gran firma extranjera con base en Manila, A. Kuensle, observaba: *“Las firmas aquí, con muy pocas excepciones, sólo venden en Manila y a los chinos, que son los intermediarios con las provincias. Tanto para los importadores como para los exportadores, no sería posible hacer nada sin ellos... De hecho, el comercio de las islas, que aún es pequeño en comparación con lo que puede llegar a ser, depende enteramente de los chinos porque son ellos quienes venden a los habitantes del interior, y quienes realizan el trueque con los nativos, intercambiando productos importados y exportados. Son los chinos los que van al interior, los que abren las comunicaciones, los que hacen los intercambios, llevando productos importados y recogiendo los exportados. Verás a un comerciante chino en cualquier lugar, en el último rincón, en la esquina más recóndita, ofreciendo siempre algún producto”*. (Report of the Philippine Commission, 2, 227-229).

Además, con el tiempo fueron autorizados a comprar tierras, a cultivar los productos demandados en el mercado mundial, y a exportarlos, lo cual supuso su implicación en

el cultivo, producción y recolección de determinados productos, como por ejemplo azúcar en Negros y en Iloilo, abacá, índigo, o maderas. También se introdujeron en el negocio de los monopolios sobre tabacos, alcoholes y opio, convirtiéndose en productores y recolectores de los productos estancados: hubo hasta 200 pequeñas fábricas de cigarrillos chinas, se crearon destilerías de ron y de alcoholes de palma también chinas, y llegó a haber casi quinientos fumaderos de opio, la mayor parte bajo control chino. Para desarrollar esos negocios, los chinos más prósperos se convirtieron también en importadores de braceros coolies.

Finalmente, a fines del período español, a partir de los años 80 y 90, dejaron de actuar simplemente como intermediarios entre la economía interior y la exterior, o entre China y Filipinas, para convertirse en importadores directos de bienes europeos y en exportadores de productos agrícolas a los grandes mercados mundiales.

De esa forma, a fines de siglo, los chinos en Filipinas seguían desempeñando un papel fundamental en el comercio exterior e interior, pero además se habían convertido en propietarios de tierras, en productores de cultivos para la exportación, en dueños de compañías de comercio que operaban ya no sólo con China sino con los grandes mercados mundiales, en inversores, titulares de empresas crediticias (bancos), agentes de compañía aseguradoras y representantes a comisión de grandes empresas occidentales.

La percepción de los chinos desde las Filipinas decimonónicas

Los cambios en la posición que los chinos ocupaban en Filipinas provocaron que la percepción de esta población también variara con el tiempo. En la primera mitad del siglo, las relaciones estuvieron marcadas por la armonía y la estabilidad. Esa situación se vio favorecida por una estabilidad geográfica: los chinos estaban concentrados en la región en torno a Manila; por una estabilidad numérica, ya que la población china se cifraba en torno a 5.000 personas frente a un total de 3 millones de filipinos: ese número era suficiente para llevar a cabo las funciones que necesitaba la economía filipina, y sin embargo no parecía una amenaza, ni para el empleo de los filipinos, ni para la seguridad de las islas, máxime cuando en esos años se habían aumentado los efectivos militares españoles; y también por una estabilidad social porque los chinos parecían conformes con las mejoras que iban consiguiendo y no planteaban reivindicaciones conflictivas. Pareció que al fin la sociedad filipina había alcanzado un *modus vivendi* con la pequeña minoría china. Sólo hubo una excepción en ese esquema: en 1820 hubo una epidemia de cólera en Manila, en el transcurso de la cual se produjeron disturbios en los que se protestó contra los extranjeros como sujetos culpables de haber llevado la epidemia a las islas: entre esos extranjeros, se incluyó a la población china; pero las cosas no pasaron de ahí, fueron unos simples disturbios y no las masacres de chinos de antaño.

Esa situación de estabilidad favoreció una percepción positiva de los chinos, lo cual animó a que se promoviera una mayor presencia china en el archipiélago para que, gracias a sus reconocidas dotes de laboriosidad, esa población contribuyera al desarrollo de la nueva economía filipina agroexportadora. Se entonaron entonces grandes alabanzas

a la inteligencia y capacidad de trabajo de los chinos, subrayando la importancia de su contribución a la economía filipina.

Sin embargo, al avanzar el siglo, según se multiplicó el número de chinos en Filipinas, y se extendió su influencia a nuevos sectores económicos, tanto españoles como filipinos empezaron –o más bien volvieron–, a contemplarles con temor y preocupación por la importancia económica, social y cultural que estaban adquiriendo en el archipiélago.

En el período posterior a 1850, la libertad para la inmigración conllevó el incremento del número de chinos en el archipiélago. Si en 1847 había unos 6.000 chinos frente a un total de 3 millones y medio de habitantes, en los años ochenta eran cerca de 90.000 chinos frente a una población cercana a los 6 millones de habitantes. Eso quiere decir que mientras la población china se había multiplicado por 15, los filipinos se habían multiplicado por menos de dos. Además, esa población se había extendido por todo el archipiélago, y se había introducido en sectores económicos antes vedados para ellos.

Frente a esa expansión numérica, geográfica y ocupacional, revivió un sentimiento anti chino, y de nuevo afloró una resistencia social, económica y cultural ante su presencia. Ello se pudo comprobar en muy distintos sectores. Entre los españoles, los liberales fueron más partidarios de la presencia china para fomentar el comercio y el desarrollo económico, y parecieron más favorables a otorgarles facilidades. Los conservadores advirtieron pronto el peligro que las nuevas circunstancias de los chinos podían suponer, tanto para los intereses económicos de los empresarios españoles, como para la seguridad del régimen colonial, e incluso para la defensa de los derechos del “indio”, a la cual, en tanto que colonizadores estaban obligados frente a la amenaza de grupos externos. También los misioneros defendieron que la extensión de los chinos por el archipiélago, su convivencia con los filipinos en pueblos alejados del marco colonial, y la difusión de sus creencias, ritos y costumbres, podían ser perjudiciales para el “indio” y para los esfuerzos evangelizadores que sobre ellos se realizaban.

Por su parte, también distintos círculos filipinos se mostraron contrarios a tan importante presencia china. Por un lado, algunos hacendados filipinos que cultivaban azúcar, café y distintos productos tropicales, y lo vendían a empresas extranjeras, vieron con suspicacia la entrada de los chinos en este sector y su conversión en competidores directos. Por otra, los trabajadores filipinos temieron que una llegada masiva de chinos pudiera poner en peligro la estabilidad de sus empleos. Finalmente, más allá de las razones económicas, los círculos ilustrados nacionalistas, que trataban de reivindicar el ser filipino, temieron la influencia de la cultura china en el archipiélago –y ello a pesar de las raíces chinas que tenían hombres tan influyentes como Rizal o Bonifacio–.

De acuerdo con ese estado de opinión, en los años 1880 y primeros 1890 se produjeron numerosas manifestaciones públicas contrarias a los chinos. Se criticó la amplitud de las actividades económicas que desarrollaban, se denunció su “injusta” competencia en los negocios, se subrayó la inadecuación de las tasas que pagaban, y se reclamó que se modificaran “las excesivas libertades que tenían”, restringiendo al máximo sus derechos. Los ataques a los chinos en los periódicos de la época, especialmente en los de signo conservador, fueron constantes y mantuvieron viva una campaña anti china. Entre ellos, Rafael Comenge, uno de los mayores críticos ante la presencia de los chi-

nos en Filipinas, y autor del libro *Cuestiones filipinas. 1ª parte. Los chinos* (1894); Ramón Jordana, un ingeniero forestal que escribió un libro criticando la inmigración china a Filipinas, 1888; José Felipe Del Pan, cuyos artículos aparecidos en “La Oceanía española” fueron publicados posteriormente en forma de libro en *Los chinos en Filipinas* (1886); de forma similar la obra *China en Filipinas* (1886), recogió los artículos sobre los chinos publicados en “El Diario de Manila”; también el periódico conservador “La política de España en Filipinas”, 1891-1892, mantuvo una línea muy crítica con los chinos. Frente a ellos, el periódico “El Comercio” apoyó la presencia china en Filipinas.

Ese movimiento anti chino de los años ochenta y principios de los noventa rompió la armonía en la convivencia y abrió cauces para el enfrentamiento. Pero en ningún caso supuso una vuelta a los disturbios y masacres de siglos anteriores. Las voces críticas se contentaron con movilizar a la opinión pública contra los chinos, y con apelar la introducción de medidas restrictivas por parte del gobierno colonial. En cualquier caso, a partir de mediados de los noventa, toda esa campaña contra los chinos pareció acallarse en los últimos años de siglo, cuando las grandes controversias en el archipiélago se centraron en la oportunidad de la política reformista que se estaba intentado introducir en las islas, y en los movimientos revolucionarios que se extendían.

Lo cierto es que la campaña anti china planteó en Filipinas una serie de reflexiones y procesos interesantes. Por un lado, provocó que los chinos reafirmaran su sentido de comunidad, empezaran a reivindicar su papel como minoría nacional y cultural dentro de Filipinas, y también que recurrieran al apoyo exterior de la madre patria, de China.

Otro problema interesante que planteó esa campaña contraria a la población china, y que nunca llegó a tener una resolución clara, fue la controversia respecto a la consideración de los chinos dentro del conjunto filipino: ¿los chinos, en Filipinas, eran extranjeros, o eran parte de la población de las islas? ¿se les debía considerar nacionales o extranjeros? ¿eran un problema de política internacional, o un problema de cultura doméstica, un problema interno derivado de la diversidad cultural propia de las islas? ¿se habían convertido en una minoría cultural dentro de Filipinas, pero filipinos al fin y al cabo, o continuaban siendo emigrantes extranjeros sin una integración definida?

Ello planteó un debate sobre la conveniencia de la integración de los chinos dentro de la sociedad filipina, y las condiciones en que debería producirse esa integración, o si era preferible la diferenciación, y en qué términos. Dadas las peculiares características de la sociedad colonial creada en Filipinas, si un chino deseaba integrarse en la sociedad filipina, y en ese proceso aceptaba “filipinizarse”, no encontraba grandes resistencias para ello, y lo normal es que en el transcurso de una sola generación ya estuviera absorbido dentro de la sociedad filipina. Por tanto, el debate, la elección no era entre chino, mestizo o filipino, sino entre chino o filipino. O se mantenían profundamente chinos, o se “filipinizaban” totalmente. LeRoy escribió, en el filo del siglo, que los chinos mestizos no insistían en resaltar su condición de mestizos con una procedencia diferenciada, sino que en el margen de una generación se absorbían dentro de la sociedad filipina, y pasaban a considerarse filipinos sin más, aunque su origen fuera chino. Esta cuestión se relacionaba con la “filipinización” o la “hispanización” de los chinos en Filipinas, un interesante problema que no hay más remedio que dejar para otra ocasión.

La cuestión tenía que ver con la posibilidad de incluir o no a los chinos en el debate que en aquella época se estaba produciendo en las islas en torno a la ciudadanía, quienes eran los ciudadanos del Imperio, y qué derechos tenían. Ello se relacionaba, además, con el pago de impuestos, y el tipo de tasas que debían pagar, dependiendo de cuál fuera su reconocimiento dentro de la sociedad filipina, y también con el papel que los extranjeros fueron adquiriendo en aquellas Filipinas decimonónicas. En realidad, los chinos habían estado un poco entre las dos posiciones. Puesto que según la política tradicional aplicada en Filipinas, no había residentes extranjeros en las islas, pero sí se permitía la presencia de un número determinado de chinos, que debían residir en un área determinada y dedicarse a unas actividades prefijadas, primero como “invernados”, luego como “radicados”, lo que se hizo fue que en la Recopilación de Leyes de Indias se introdujo un capítulo especial dedicado a los chinos en Filipinas: “De los sangleyes”. Se les trató como una minoría cultural dentro de Filipinas, con un status único y especial, sujeto a unas leyes especiales, las de los sangleyes, y a un tipo de tributación también específica para ellos. Sin embargo, cuando se suscitó entre españoles y filipinos el debate en torno a la condición de ciudadano, y hubo una tensa y dura negociación sobre la ciudadanía y los derechos de los integrantes de la nación, los chinos, como tales, quedaron fuera de ese debate. Si se integraban, pasaban a ser considerados unos filipinos más, sin más distinciones. Si permanecían como chinos, se les consideraba población extranjera. Ese proceso se vio influido por la apertura de las islas al exterior, y la adopción de una nueva normativa que permitía la residencia de extranjeros, y establecía una regulación respecto a sus actividades económicas y sus derechos y deberes en el archipiélago. Lo que se hizo fue conceder, progresivamente, a los chinos los mismos derechos y el mismo estatus que a los demás extranjeros. Ello implicaba aplicarles también el mismo tipo de impuestos, dejar el antiguo el antiguo sistema de tasas, e ir a un sistema de capacitación personal, primero, y de pago por aduanas y por actividades económicas e industriales, después.

En fin, una interesante serie de cuestiones que quedan abiertas para el debate y para un tratamiento más detallado en alguna otra ocasión en la que analicemos las relaciones entre España, China y Filipinas.